

## UNA CUESTIÓN HISTÓRICA

En 1857, cuando se publicó *Las flores del mal* de Charles Baudelaire el libro que inaugura la modernidad en la literatura, su autor fue acusado de inmoral, y sufrió un proceso judicial por ese motivo. En esa ocasión Sainte-Beuve, en *Los pequeños recursos de defensa, tal como los concibo*, ofreció al poeta argumentos valiosos para salir adelante en ese inesperado litigio.

Se trata de esto: todo parece dicho en la literatura, hasta que aparece un escritor verdaderamente original. Ocurre tanto en la forma como en los temas. Limitándose a este último campo, Sainte-Beuve argumenta que en la literatura francesa de su época Lamartine se había ocupado de los cielos, Víctor Hugo había escogido la tierra y más que la tierra. Laprade hizo el ditirambo de los bosques, Musset había tomado la pasión y la orgía deslumbrante, Théophile Gautier había cantando a España y a sus soberbios colores. Otros habían elegido como materia de su canto al hogar, a la vida rural, etc. Quedaba el mal, que es lo que Baudelaire tomó. Estaba casi condenado a cantarlo. El abogado de Baudelaire no utilizó este argumento, pensando, seguramente, que, de acuerdo a las convenciones de la época, era de fácil refutación pues los jueces bien le hubieran podido replicar que el poeta habría podido celebrar las alegrías de la devoción o la embriaguez de la gloria militar. Pero Baudelaire sí atendió el argumento y escribió: “Los poetas ilustres se han dividido desde hace mucho tiempo las partes más floridas del dominio poético. Me ha parecido placentero y más agradable, puesto que la tarea era más difícil, extraer la belleza del mal”.

### SOBRE BENDEZÚ PROPIAMENTE

Este recuerdo de la historia literaria viene a colación en relación al poeta Francisco BendeZú (1928-2004) porque él hizo, exactamente, lo que Baudelaire. Escogió una parcela de los temas que

Francisco BendeZú

# ORÍFICE DE LA PALABRA

Marco Martos

*Francisco BendeZú asociaba su poesía al canto a la mujer, pero su otra gran pasión era el mismo lenguaje. En este rubro, sin dejar de ser un poeta de su tiempo, era, al mismo tiempo un poeta diacrónico, para el que las palabras, todas las palabras, merecían usarse, independientemente de su vigencia o no en una comarca determinada.*

existen para cantar y se abocó a la tarea como la labor fundamental de su vida. Ese dominio particular suyo tenía un encanto especial: interesa a todos los hombres, y una enorme dificultad: por ser muy conocido es casi imposible ser original. Pero BendeZú lo logró y quienes lo leen lo advierten, sin que nadie los oriente o influya.

Se trata de un tema antiguo: la pasión amorosa. En la tradición de la poesía en

lengua española, entre tantos poetas, hay algunos que destacan por su fidelidad al tema. Ellos son: Gustavo Adolfo Bécquer, Pedro Salinas y Pablo Neruda. Bécquer y Neruda, tienen la fortuna de estar en los programas escolares, hecho fundamental y no suficientemente valorado para garantizar la presencia de un talento poético en la conciencia colectiva. Sin excepción posible, en Hispanoamérica, toda

persona que haya pasado por la escuela secundaria ha leído algún poema de estos vates. Pero es Pedro Salinas, el que ha sabido volcar la variedad de sentimientos contradictorios que llamamos amor a la página en blanco, de un modo más cabal y completo. Ha querido cantar a la emoción del descubrimiento de la mujer amada, a los primeros acercamientos, a la alegría de la aceptación, al amor carnal,

a la tristeza de la separación, al dolor de la soledad, a la negación del olvido.

Diferenciándose de Salinas, BendeZú canta a dos momentos de la pasión amorosa: el impacto de la figura femenina, la explosión de sentimientos que provoca la apetencia de unirse a ella, como algo único, extraordinario, total, y hasta puede decirse, no propio de este mundo, por un lado, y por otro, el dolor inconmensurable de la separación. Recorta su campo semántico, pero lo hace más intenso y duradero. Para BendeZú el amor logrado no necesita poemas ni palabras. Es tan perfecto que nadie puede decir nada sobre él, ni debe intentarlo tal vez.

En términos históricos, esta noción del amor tiene un origen metafísico y mezcla dos tradiciones: la sufi, árabe, y la mística cristiana, mutuamente influidas. La manera más simple de explicarla es decir que para los sufíes la mujer es la principal evidencia de la presencia de Dios en la tierra. Es, como dicen los jóvenes, lo máximo que existe. Siendo así, al hombre no le queda otra cosa que ser su vasallo. La concepción sufi del amor, llegó a la Escuela Siciliana de poetas. De ahí la tomó Dante, quien la llevó a su máximo esplendor hasta ahora visto en occidente. Dante elogió durante toda su vida a Beatriz y conservó la pasión aunque ella murió. Consideraba que Beatriz unía dos características difíciles de hallar en una misma persona: belleza e inteligencia. Esa dama florentina queda en la tradición occidental como un modelo único, tal como lo imaginó Dante.

La tradición amorosa en poesía se enriquece con la poesía provenzal. Poetas como Arnaut Daniel, el célebre inventor de la sextina, son también servidores de la dama. Verdad es, que los sociólogos de la literatura han querido ver en ese servicio solo un reflejo de las condiciones sociales, puesto que los trovadores eran de un grupo social diferente a las damas que celebraban. No importa, la tradición del poeta vasallo llega hasta nosotros.

Si la poesía de Francisco BendeZú llama la atención



tanto entre nosotros es porque es radicalmente diferente a todas las conocidas. Como no es frecuente en estos tiempos que corren. Bendezú, utiliza toda la potencia del lenguaje. No existe argumento valedero que amigos o críticos le hayan dado, para que dejara de utilizar algún vocablo. Poesía de diccionario dicen algunos. Poesía que utiliza toda la riqueza del léxico, pudo con testar el poeta. Esto, desde el punto de vista lexicográfico. Desde el punto de vista formal, es casi imposible encontrar poetas que conocieran tanto la poesía tradicional y la poesía de vanguardia. Bendezú, en su práctica poética propuso un camino para la poesía del futuro. Él, que era un admirador de Apollinaire y René Char y Ungaretti y Quasimodo, era al mismo tiempo, un poeta que manejaba muy bien la versificación clásica. Oficialmente no escribió nunca un verso medido, pero quienes conocen esa disciplina y leen los versos de *Cantos*, de 1971, su libro más famoso, están en condiciones de paladear doblemente esos textos tan hermosos, que siendo de versos libres, se vinculan de manera secreta con el verso medido. A Algunos nos parece que esa vía es la mejor posibilidad para insuflar nuevo aliento a la poesía del futuro.

Pero lo que más llama la atención del lector, no es el dominio formal, que es enorme y totalmente suyo en la tradición de la poesía peruana, es la desmesura de la pasión, dicha con las palabras más justas. Ningún poeta peruano, ni Melgar, ni Salaverry en el siglo XX, ni Westphalen ni Vallejo en el XX, ha cantado con tanta intensidad a la mujer. Y en la pasión amorosa, solo Moro iguala a Bendezú, verdad que en versión uranista, en la entrega a la persona amada. Tal vez podemos definir al amor con un verso de Bendezú: el siempre y el jamás ardiendo juntos.

#### EL MISTERIO DE LA POESÍA

Durante muchos años se ha creído que en la poesía del siglo XX, había dos procedimientos de composición:

## LIBROS & ARTES

### FRANCISCO BENDEZÚ (1928-2004)

El 16 de febrero de 2004 ha muerto en Lima Francisco Bendezú Prieto, uno de los poetas más intensos del Perú en toda su historia literaria. Había nacido en Lima el 16 de julio de 1928. Desde niño fue un apasionado de la escritura y fue uno de los alumnos más destacados del colegio de los Sagrados Corazones de la Recoleta. Se ligó como estudiante a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde más tarde fue destacado profesor de literatura francesa, hispanoamericana e italiana. En la Universidad fundó el grupo Penta ultra con Juan Gonzalo Rose, y Alberto Valencia entre otros poetas. Más tarde se vinculó a los otros poetas de su generación, con los que mantuvo una entrañable amistad: Washington Delgado, Javier Sologuren, Jorge Eduardo Eielson, Blanca Varela, Manuel Scorza, Gustavo Valcárcel. Se hizo militante del partido comunista y en 1953 sufrió cárcel y luego destierro a Santiago de Chile. Poco después viajó a Roma donde fue discípulo de Giuseppe Ungaretti. Escribió los siguientes textos de poesía: *Arte menor* (1960), *Los años* (1971), *Cantos* (1971), *El piano del deseo* (1983) y dejó inéditos una porción importante de sus poemas. En los últimos años de su vida fue acompañado por Alberto Valencia y José Bonilla Amado, quienes hicieron todo lo posible por amenguar sus tribulaciones que le hicieron complicada la vida diaria.

uno de extremado rigor, nacido de alguna manera de Rimbaud, pero sobre todo de Mallarmé, poesía en la que no se hace ninguna concesión y que está bordeando el silencio y que canta al amor o al mundo más diminuto que rodea al poeta, sin desdeñar los grandes temas metafísicos. El otro procedimiento, nacido de la vigorosa poesía de Walt Whitman, es acumulativo y es propio de las grandes descripciones de la poesía que genéricamente podemos llamar civil. En el trayecto de la poesía de Bendezú hay una paradoja. Principia con sus conocidos versos de *Arte menor* de 1960, con versos cortos escritos con el cuidado de un orificio de la palabra. Esa misma dedicación puede advertirse en el libro *Los años* de 1961. Pero un tiempo más tarde, en 1971, puede advertirse un cambio en su escritura. El verso se hace de arte mayor, pero salvo un texto dedicado a Ernesto Guevara, los poemas no son de índole comprometida, como se decía en ese tiempo. Continúan cantando a la mujer con un lujo verbal infrecuente en el idioma castellano y propio más bien de la tradición francesa, René Char, Saint John Perse. Esa tendencia, sería más notoria todavía en los versos de *El piano del deseo* de 1983 y en los poemas últimos publicados en diarios y revistas. Bendezú pasó del arte menor al arte mayor, luego al versículo, sin llegar a la prosa poética, que según confesaba, no era de su agrado. Como hemos venido diciendo, Bendezú asociaba su poesía al canto a la mujer, pero su otra gran pasión era el mismo lenguaje. En este rubro, sin dejar de ser un poeta de su tiempo, era, al mismo tiempo un poeta diacrónico, para el que las palabras, todas las palabras, merecían usarse, independientemente de su vigencia o no en una comarca determinada. Por su práctica, lo podemos considerar, también una *vox*, en el sentido latino, del idioma. Leyéndolo, uno no puede dejar de preguntarse por el misterio de la poesía, ese decir tanto y tanto con pocas palabras. ■

#### REVISTA DE CULTURA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Sinesio López Jiménez  
*Director de la Biblioteca Nacional*

Nelly Mac Kee de Maurial  
*Directora Técnica*

Luis Valera Díaz  
*Editor*

*Diseño*  
ÍTACA

*Centro de Investigaciones y Desarrollo Bibliotecológico*  
Delia Córdova Pintado

*Diagramación:* José Luis Portocarrero Blaha

*Secretaría:* María Elena Chachi Gambini

*Coordinación:* Enrique Arriola Requena

© Biblioteca Nacional del Perú  
Lima, 2004

Reservados todos los derechos.

Depósito Legal: 2002-2127  
ISSN: 1683-6197

Biblioteca Nacional del Perú - Av. Abancay cuadra 4, Lima 1. Teléfono: 428-7690.  
Fax: 427-7331 <http://www.binape.gob.pe> Correo electrónico: [dn@binape.gob.pe](mailto:dn@binape.gob.pe)

# FRANCISCO BENDEZÚ / POESÍA

## TWILIGHT

*A Mercedes.*

Yo soy el granizo  
que entra aullando  
por tu pecho desquiciado.

Soy tu boca.

Yo atesoré a ras del sueño,  
debajo de las horas,  
el latido de tus pasos por el polvo de Santiago,  
y tu densa fragancia de magnolia,  
y tu lenta cabellera  
con perfil de éxtasis o algas,  
y el ardor fulmíneo de tus ojos, que de noche,  
como naves sobre el mar,  
la bruma iluminaban.

Como guijarros de playa,  
o nostálgicos boletos entre cintas y violetas olvidados,  
enterré en mi corazón la línea de tu frente,  
la piedra gastada de tus codos, tus sílabas nocturnas,  
el fulgor de tus uñas, tus sonrisas,  
la loca luz de tus sienes.  
¿No sientes trasminar mi dolor a través de tu cuchara?  
Mi memoria quedó tal vez en ti  
como las ediciones vespertinas  
en las bancas de los parques desahuciadas.

Tu sombra es mi tintero.  
Juventud.  
¡Juventud mía!  
¿Qué tumbos socavaron  
la torre más alta de mi vida?

¡No habrá nunca  
hilo más puro  
que tu larga mirada  
desde lo alto de las escaleras,  
ni lampo de cometa comparable  
a la curva nevada de tus dientes!  
Cantaba la mañana  
en las pálidas cortinas y la hierba.  
El tiempo cintilaba en tus vidrieras  
como sólo una vez el tiempo parpadea.  
Ya no estás entre las flores. Ni volverás  
jamás a estarlo. ¿Qué tu amor sino labios  
que escrituras en el viento fueron?

¡Yo quiero que me digan  
si el amor, como los pájaros,  
se va a morir al cielo!

Me acuerdo de una noche de trenzas y peldaños,  
y óxido, y collares,  
me acuerdo, como ayer, de lo futuro.

¡Quiero acuñar, como el otoño,  
medallas en las calles,  
o beberme llorando tu ausencia en los teléfonos,  
o correr, correr a ciegas por  
los tejados de todas las ciudades  
hasta perderme para siempre o encontrarte!

¡Otra vuelta estar contigo!  
¡Oh día de verano  
extraviado en alta mar  
como una mariposa!  
Contra el flujo incoercible de los años  
los días, uno a uno,  
absurdamente buscan tu lámpara en las sombras,  
no la penumbra, no el espejo de la muerte,  
sino el cristal de la esperanza:  
tu ventana que sólo está en la Tierra.

¡Aspersiones de ceniza para tu boca cerrada!  
Otra vez tengo veinte años, y sonámbulo, y en llanto  
a la puerta de tu casa estoy llamando,  
al pie de tu reja, como antaño,  
bajo la lluvia sin telón ni máscaras ni agua.  
¡Oh zumbantes calendarios  
que en vano el cierzo,  
como a encinas,  
deshojara!

¡No me digas que te quise! Te quiero.  
Te debía este lamento, y aunque un grito  
mi sangre apenas sea,  
también te lo debía; un solo interminable  
de un corazón en las tinieblas.

## SÚPLICA

¡Oh, sal de los espejos,  
reverdece en las sábanas de lino,  
atravesas los tabiques y los muros,  
aparécete de pronto en las más ciegas estancias  
o el balcón más desolado!

Me faltas en las bancas,  
en el plexo, en la penumbra.  
Por tí la noche arrolla el horizonte en los cipreses  
y devanan las alondras la madeja del olvido.

Te he perdido. Ni bebiéndome  
todo el cielo podré recuperarte  
ni habrá talismán ni filtro ni hierba calcinada  
que vuelve a hacer rayar el oro salvaje de tus hombros  
contra el azul exhausto de las puertas de antaño.

¡Oh, dismantela la distancia,  
detén las nubes, fulmina las semanas,  
paraliza las mandíbulas del jaguar desmesurado!

¡Ven! ¡Oh, ven!  
Como el oro entre el limo de los ríos,  
como el vino en las naranjas de la aurora,  
como el bálsamo del sol en los pámpanos de enero.

## ODA A LA TARDE

*A Juan W. Acha.*

Gritas, ¡oh tarde! Las muchachas  
acodadas al balcón, enmudecidas,  
te perciben, y los autómatas que arden  
y gimen en azules azoteas anegadas.  
¡Cantas solitaria y te desangras!

Yo te he visto clamar sin brazos,  
y enredarte en los alambres de púas  
de los desiertos paseos públicos.  
Yo te he visto forcejear desnuda  
con un sudor de escarcha en las axilas.

Yo te he visto bailar en los espejos,  
y correr por plazas de amaranto,  
y dar una hora sin relojes  
para las castas parejas que temblaban  
acosadas por un largo fulgor de telegramas.

Yo te he visto huir y destrozarte  
la frente contra el mármol aleve de la umbría,  
y abrazarte, herida, de los postes,  
y llenar, sentada dulcemente,  
de hilos y cenizas los estanques.

Yo he rayado tu dramática mejilla  
con uñas de diamante o agujas de obsidiana,  
y mordido tus labios delgados como espadas;  
yo he besado tu busto y me he bañado  
en tu halo de deshechas mariposas.

¿Hacia qué antiguo malecón de cobre  
conduces, como un aro, la furente  
y desalada luna del terror? Las mujeres  
te despiden con los muslos entreabiertos y descalzas,  
y te escoltan golondrinas y gramófonos.

¿Qué imposible cintura alucinante  
persigues en la luz remota y loca?  
¿A qué hoguera, ídolo verde, te abalanzas?  
Cantas y sollozas. ¡Ya no hay nadie!  
A lo lejos mece el viento columpios oxidados.

Yo adoré tu trémulo perfil y tus violados ojos  
de leona malherida y el turbo ángel de yesca  
que detrás de tus hombros taciturno velaba.  
Yo excreé tu sortija que encandilaba mendigos  
y mecanógrafas lisiadas de péndulo en la nuca.

Yo te llevé por cines y terrazas alamedas  
como a una enamorada. Te esperé a la orilla  
de undantes planicies exornadas con estatuas,  
y a lo largo de enlutadas avenidas inconclusas  
te arrastré de los cabellos por los atrios de la nieve.

Tarde de fotografías sangrantes y sandalias,  
¡salve! ¡Palmas a tu paso! ¡Hosanna! ¡Hosanna!  
¡Claveles a tu cuerpo yacente en la litera!  
¡Alminares de azufre para tu horizonte desollado!  
¡Vitor! ¡Evohé! ¡Eya velar! ¡Aleluya!

## MUCHACHAS DE ROMA

*A Giuseppe Ungaretti.*

Muchachas intensas como vitrinas.  
Precarias como lápidas de nieve.  
Muchachas como los árboles inmóviles del otoño.  
Pálidas como espigas. Delgadas como llaves.

Muchachas exangües con cerezas silvestres en la nuca agujereada,  
y sombra en los hombros de esmeril, y cepilladuras azules en el pubis.

Muchachas fósiles con espaldas de aire denso o laminado  
y sedantes falanges enjoyadas de líquen y sal gema.

Muchachas fértiles  
fabricadas de arena bruja y niebla y lacre derretido.

Muchachas delicuescentes como los oblongos escaparates de la *Via Due Macelli*, encuadrados por guirnaldas de nostálgico flúor a las siete de la tarde, cuando el crepúsculo trasfunde sangre de mar en los áticos, y por las azoteas, como briznas de gasa pulverizada, silentes bayaderas platican por señas, y lentamente ascienden, fascinadas por el imán vertiginoso de la monotonía, hacia los tiránicos moldes desolados (galaxias, constelaciones) cuyo auxilio impetrarán los yacentes fundibularios de Ostia y los amantes del *Trastevere*, la *Via Flaminia*, *Piazza Spagna*, la *Via Appia*, *Ponte Milvio*, *Tivoli* divino y el luminiscente *Gianicolo* de mi juventud varada.

Muchachas sonámbulas como vitrinas.  
Muchachas comedoras del loto del silencio.  
Muchachas desnudas como ventanas.  
Muchachas lancinantes como lámparas de desahuciados.

Sus cabelleras: garras de hilo;  
sus corazones: palmeras;  
sus piernas: pérfidas cucharas,  
sus pies: nidos de sortijas licuadas por la luna.

Muchachas solitarias como vitrinas en medio del páramo o las landas  
Muchachas lívidas con plumas de alciones en las sienas.  
Muchachas con el busto descubierto bañado en plombagina.  
Y alondras de oro mudas tras los barrotes ígneos de las costillas.

Muchachas impacientes como relojes fluviales.  
Muchachas trémulas como los vagones traslúcidos del viento.  
El silencio os impregna de luz las cabelleras  
espesas como el vino de Frascati, largas como el Tíber.

Muchachas ignotas como vitrinas.  
¡Inminentes como la aurora!

## SAUDADE

Ya no está en ninguna parte  
la tarde de febrero.

Me imantabas como el ojo nupcial de la serpiente  
o las líquidas trompetas del ocaso.

(La luna arrastraba cintas por las plazas.)

Tu cintura duerme  
—fascinante óvalo de humo—  
tensa y hueca.

Tu negra blusa de pavesas  
cuelga inerte  
de la percha invisible de la ausencia.

Tus cabellos —flébil llama—  
ya no tiemblan —esbeltos— en la lluvia.

(La luna arrastra cintas por la arena.)

Ya no está en ninguna parte  
la tarde de febrero.

(El molde de tu cuerpo  
la soledad lo llena.)

Y detrás de los trenes y naufragios  
gritan lunas desfloradas.

De *Cantos*, Francisco Bendejú. Ediciones La Rama Florida. Lima, 1971.